Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

EJEMPLOS SOBRE LA ORACIÓN

Oración de alabanza y acción de gracias y valor de la oración del santo Rosario

Orad sin cesar y dad
en todo gracias a Dios...
(1 Tes. 5,17-18)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44.
41003 SEVILLA

CON LICENCIA ECLESIASTICA
Depósito Legal: B-18858/96
ISBN: 84-7770-306-X
Imprime: APSSA – C/. Roca Umbert, 26
08907 L'HOSPITALET (Barcelona)

INDICE

Presentación 4
EJEMPLOS SOBRE LA ORACION
– Introducción. 5
– Ejemplos sobre la oración. 6
– Oración de intercesión. 8
– Dios escucha nuestra oración. 13
– La oración en familia. 18
– La oración del Santo Rosario. 20
– Oración de alabanza
y de acción de gracias. 27
– Eficacia de la oración. 35
– Conclusión. 48

Presentación

Querido lector:

Después de haber escrito otros tres libros a base de ejemplos doctrinales y edificantes, me he movido a escribir del valor y eficacia de la oración y presentar también este libro a base únicamente de Ejemplos instructivos.

Como la oración no consiste solamente en pedir a Dios beneficios, sino también en alabarle y darle gracias por tantos beneficios recibidos de Él, por eso dedico bastantes ejemplos para hablar de la oración de la alabanza y de la acción de gracias, y del valor del rezo del Santo Rosario.

La oración nos es muy necesaria, pues Jesucristo nos dice: «Es preciso orar en todo tiempo y no desfallecer» (Lc. 18,1), y nuestro deber es orar porque el mismo Jesucristo nos llama a la santificación, y la oración es el gran medio para lograr la santidad, pues sin oración no hay gracia santificante y sin ésta no hay salvación.

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 2 febrero 1996

EJEMPLOS SOBRE LA ORACION

1

¿Qué es la oración? Oración es una elevación de la mente y del corazón a Dios, para alabarle, para adorarle, para darles gracias y pedirle cuanto necesitamos. Es hablar con Dios, tratar íntimamente con Él...

«¡La oración! Es como el teléfono que tienen las almas para comunicarse con Dios. No hay una hora de la historia en que hayan dejado de comunicarse con Él, aun desde las más bárbaras gentilidades (Vázquez de Mella).

2

¿Qué dicen los SS. Padres de la Iglesia? «La oración es dirigir la palabra a Dios; cuando lees (la Sgda. Escritura) Dios te habla; cuando oras hablas tu a Dios» (S. Agustín Ps. 85,7). «No empieces tu oración con mala conciencia» (Didaché 4,14). «Solamente la oración vence a Dios» (Tert. de orat.2). «Algunas cosas no son negadas sino demoradas, y nos serán concedidas en el tiempo oportuno» (S. Agustín Pn. 102,1). «Si no somos escuchados, ello se debe a que no pedimos con perseverancia o no pedimos lo que más redunda en nuestra salvación» (S. Tomás de orat. dom. 5). «Persevera y serás escuchado» (S. Crisóstomo. Mt.

23,4). «Se creían invocar a Dios, y lo que pedían eran heredades, abundancia de dinero, otros bienes temporales. ¿Qué dice de ellos la Sagrada Escritura? No han invocado al Señor» (Ps. 14,5; 53,6). S. Agustín).

3

El santo Venerable Beda decía: Así como el ladrón en oyendo voces, huye y todos se levantan y vienen a socorrer; así el clamor de la oración hace huir al demonio, y despierta a los ángeles y a los santos bienaventurados, para que vengan en nuestro socorro y ayuda. «El que no se acomoda a orar en todos los lugares, sino en los que son de su gusto, muchas veces faltará a la oración; pues como dicen, no está hecho sino al libro de su aldea» (S. Juan de la Cruz. Avisos 272).

4

Ejemplos sobre la oración

Un párroco de la diócesis de Autun propuso a J. Bautista Vianney, el Cura de Ars, un difícil caso de restitución. La respuesta fue inmediata. Al preguntar el párroco a su interlocutor donde había cursado sus estudios teológicos, el cura de Ars le enseñó en silencio *el reclinatorio*.

5

Santa Teresa del Niño Jesús dijo: «No tengo va-

lor de buscar hermosas fórmulas de rezo. No sé cuál he de escoger, y así hago como los niños que no saben aun leer. Con sencillez digo a Dios lo que tengo que decirle, y Él me comprende.

6

Rezando estaba *Felipe II* en el Escorial vísperas cuando entró alborozado su secretario Pedro Manuel a comunicarle la noticia de la victoria de Lepanto. Inmutable siguió el rey en su oración, y al concluir mandó cantar un solemne *Te Deum* de acción de gracias.

El Cardenal e insigne político Fr. Jiménez de Cisneros dijo: «Orar es gobernar».

7

A los ojos de los mismos bárbaros, el que se dispensa de esta ley (la de la oración), se coloca entre los animales. Perro cristiano –repetía no hace mucho tiempo, un beduino a un oficial francés, prisionero suyo. Una mañana, el oficial, ofendido al verse ultrajado de tal modo, le dijo, encolerizado: –¿Por qué me llamas perro? Soy tu prisionero, es verdad; pero soy hombre como tu y más que tú. –¿Tú, hombre?– contestó fría y desdeñosamente el árabe. –Seis meses hace que eres mi prisionero, y jamás te he visto orar. –¡Y no quieres que te llame perro! Tampoco ora el mío (Vázquez de Mella).

8

Carlos V, dominador de dos mundos, agobiado de trabajo no omitía nunca la oración. En cierta ocasión el embajador francés pidió audiencia, mientras el emperador estaba haciendo sus devotos ejercicios de la mañana. El emperador le mandó decir: «Ahora estoy yo en audiencia: esperen esos señores». Pasó bastante tiempo, y el embajador hizo repetir la súplica pidiendo poder presentarse inmediatamente para un asunto urgente: «Esos señores sirven a su rey con celo digno de respeto –dijo el emperador–; pues bien, yo no quiero servir con menos celo a mi Señor y a mi alma: que esperen un poco más.

9

Oración de intercesión

«Orar por otro es propio de la caridad... por lo cual así como debemos amar a los enemigos, debemos también orar por ellos» (S. Tomás 22,2 q.83).

En París había de ser ejecutado el asesino *Pranzini*. Había matado a tres personas; y, a pesar de todas las tentativas, no se pudo lograr que se arrepintiese. *Teresa del Niño Jesús*, que a la sazón, se encontraba todavía en la casa paterna, se enteró del caso y resolvío hacer cuanto podía para servir a aquel obstinado pecador. Hizo sacrificios con este

fin, multiplicó las oraciones, mandó decir una Misa con tal intención. El 31-8-1887, ante 30.000 personas se procedía a la ejecución del criminal. Franzini ya estaba cerca del patíbulo, de repente se volvió al capellán que, a pesar de sus protestas, le había acompañado, le pidió el crucifijo al que besó con profundo fervor y arrepentimiento. Unos minutos... y moría ese «buen ladrón».

10

Al verse la ciudad de Milán desolada por la peste, *Carlos Borromeo*, además de sus innumerables servicios de caridad organizó rogativas. Él mismo iba a la cabeza de las procesiones, con los pies descalzos, con una cuerda en torno del cuello y con una pesada cruz sobre el hombro. A sus oraciones se atribuye el que la ciudad se viera por fin libre de tantos estragos.

El cardenal Paleotto, que estuvo en Milán durante la peste, no pudo menos de decir luego: «San Carlos era una reliquia viva ante la cual uno habría tenido que arrodillarse».

11

El emperador *Enrique II* puso sitio a la ciudad italiana de Troya, que se había rebelado contra él. El sitio se prolongó. Pasaron meses. La ciudad se vio reducida a extrema miseria. Entonces un sa-

cerdote reunió a los niños de la ciudad, y los condujo a la tienda del emperador. La extraña procesión iba precedida de una cruz. Los niños elevaban sus manecitas, llorando salmodiaban: «Kyrie eleison: Señor, ten piedad de nosotros». El emperador, por la oración de los niños, perdonó a la ciudad.

12

Fray Salvador de Horta, que fue canonizado hace pocos años, y que hacía muchos milagros, curando a cuantos se acercaban a él con la señal de la cruz, fue llamado por Felipe II, y al ser introducido a su presencia, dijo al rey: «¿Qué hay de estimable en un cocinero franciscano para que V. Majestad me mandase llamar?». El Rey prudente respondió: Os mandé llamar para confiar a vuestras oraciones mi persona y mis reinos. Orad al Señor para que España se mantenga firme en la fe que recibió de sus Mayores. Sí. rogaré...

3

A.C. Emmerich dijo: «Desde la infancia rogaba menos por mi que por otros, para que no se cometiera ningún pecado y para que no se perdiera ninguna alma. Lo pedía para todos a Dios, y pedía tanto más cuanto más recibía, y nunca me bastaba... Pensaba: Él lo tiene todo y ve con complacencia el

que le supliquemos de todo corazón.

Veo que no se pierde nada de cuanto se hace en la Iglesia en unión con Jesús; cada deseo piadoso, cada acción buena, cada obra de amor hecha por Jesús redunda en la perfección del cuerpo de la Iglesia; y el hombre que no hace más que orar por los hermanos con cumplido amor de Dios, hace una labor grandiosa y saludable».

14

El día de su primera Misa el P. Maximiliano Kolbe hizo un pacto con Teresita de Lisieux, aun no canonizada. «Yo rogaré para que seas elevada a la gloria de los altares, pero con la condición de que te encargues de todas mis futuras conquistas». Pasaron los años. La «Ciudad de la Inmaculada» (Niepokalonaw) era ya una realidad. El P. Kolbe tenía sus hermanos impresores y su revista («El caballero de la Inmaculada»).

Las crónicas de Niepokalonaw en el año 1925 hablan de una verdadera «lluvia de rosas». Teresita acaba de subir apoteósicamente a los altares. Al mismo tiempo se duplica el número de los Hermanos que acuden en ayuda del P. Kolbe, y se duplica también la tirada de su revista... y hace poco tiempo también el P. Kolbe aparece como santo canonizado por Juan Pablo II.

15

El general *Mackensen*, al principio de la primera guerra mundial, escribía a su madre: «Hace cuarenta y cuatro años (1870-1871) tus oraciones me protegieron como una coraza y me preservaron; ¡ojalá me acompañen con el mismo éxito también en la dura lucha que me espera y hagan que esté a la altura de mi deber! Confío en ellas.

16

El emperador Carlos V de España y I de Alemania llegaba con su escuadra ante el puerto de Orán. Era de noche, y el mar estaba tan alborotado, que amenazaba un terrible naufragio. El emperador aunque aparentaba una gran seguridad, estaba vivamente preocupado por la suerte de sus soldados. Los barcos no podían resistir por mucho tiempo, como le dijo el jefe de la armada.

Cuando todos temían y callaban de pavor, Carlos V exhortó a sus soldados diciendo: «Hijos míos... confiad en Dios! A las doce de la noche se levantan a rezar por nosotros todos los religiosos de coro de España. Dios mirará por sus soldados. No temáis, estamos salvados. Pocos momentos después de las doce de la noche, el mar se calmaba y, por entre las rasgadas nubes, aparecía una luna prometedora de bonanza. Al día siguiente Orán caia en poder del emperador.

17

Muchos son los ejemplos de oraciones de intercesión en la Biblia. Citaremos algunos. *Abraham* intercedió por Sodoma (Gén. 18,23). *Moisés* intercedió por el pueblo idólatra (Ex. 32,331s). *Samuel* ruega por el pueblo (1 Sam. 12,19). *Judit* es invitada a interceder (8,29). *Onías* ora por el pueblo (2 Mac. 15,12s). *San Pablo* ora por las comunidades cristianas...

Jesús escucha a un *señor de la corte* (Jn. 4,47s.), *a Jairo* (Mt. 9,18), a la *cananea* (Mt. 15,22 s.), etc.

18

Dios escucha nuestra oración

La madre del obispo *Bernardo Vaughan*, era convertida y oraba mucho para que, a ser posible, todos sus hijos se consagrasen al servicio de Dios y alcanzasen alto grado de perfección cristiana. De sus trece hijos once se consagraron de veras a Dios. De los siete hijos que llegaron a la edad madura seis fueron sacerdotes. El primero fue el Cardenal Vaughan, Arzobispo de Westminster. Un hermano suyo fue Arzobispo de Sidney en Australia. Otros dos vistieron el hábito de San Benito y fundaron la Abadía de Fort Augustus en Suecia. Bernardo entró en la Compañía de Jesús, y el último que sobrevivió, fue Mrs. Juan Vaughan, obis-

po titular de Sebastapol y obispo preconizado de Salford. Las cinco hijas tomaron todas el velo. Una de ellas con el nombre de Hermana Clara murió en olor de santidad.

19

Después de las primeras apariciones de Lourdes la joven *Bernardita* hubo de pedir a María, por indicación del párroco, que como señal de su poder hiciese florecer en pleno invierno el rosal que estaba cerca del lugar de la aparición. La súplica no fue atendida; en cambio, cerca de allí, por indicación de la Virgen, brotó la fuente con gran abundancia de agua, que desde entonces es una bendición para innumerables enfermos.

20

La madre de una niña enferma se acercó a *Gerardo Mayella* en la iglesia del Espíritu Santo, en Nápoles, y le suplicó con insistencia que pidiese a Dios la curación de la enferma. Gerardo mostrándole el Sagrario, dijo: «Ahí está quien concede la gracia que se le pide, y no aquí». «Ciertamente, mas esta gracia ha de serme concedida por mediación de usted». Gerardo ora, y poco después llega una sirvienta de la Princesa de Maddaloni (ésta era la madre atribulada) y gozosa le notifica que la niña se ha levantado y está sana.

21

Francisca de Chantal no sabía rechazar a ningún pobre. Algunos pordioseros se aprovecharon de ello; iban a pedir y después dando la vuelta al castillo se presentaban otra vez. Se le llamó la antención a la castellana sobre esta treta; mas ella contestó: «También yo estoy pordioseando continuamente ante el trono del Señor; y no me gustaría que Dios rechazase mi súplica a la segunda o la tercera vez. Si Dios soporta con paciencia mi insistencia, yo también puedo soportar a los mendigos».

22

Cuando *Alfonso Albuquerque*, el conquistador, se encontró con su flota en una tempestad furiosa, cogió a un niño, que estaba a bordo, lo levantó hacia el cielo y rezó de esta manera: «Señor, somos pecadores y hemos merecido la muerte, mas este niño es inocente. Perdona por él a los culpables». El huracán se amainó, la flota estaba salvada.

23

Un señor dijo en una tertulia que la oración no sirve para nada y que nunca ha ayudado a nadie. Una señora joven le constestó atinadamente: «Si una persona llamara día tras día a la puerta de un amigo y nunca se le abriera, ¿seguiría llamando? La humanidad hace miles de años que está llaman-

do a la puerta de Dios, ¿habría un solo hombre que siguiese pidiendo, si la súplica humana no hubiese sido escuchada?

24

Camino de Lisboa, supo Felipe II que en Badajoz vivía un viejo y en gran penuria, el «divino» *Morales*, gloria del arte español. Y a la buhardilla subió: el venerable anciano, ante tal dignación del rey más grande del trono de San Fernando, cayó de rodillas. El Rey, a su vez conmovido, dijo a su limosnero: «Asignad a Morales, cien ducados para comer». Gracias, señor, dijo con lágrimas el agraciado, y con encantadora confianza añadió: ¿Y para cenar? «Dad a Morales, respondió el Rey, otros cincuenta ducados para cenar». Fue una oración atrevida y el rey fue liberal y bondadoso, pues más liberal y bondadoso es nuestro Dios ante nuestras súplicas atrevidas... Lo que hace falta es que sepamos orar siempre con las debidas disposiciones para ser atendidos, o sea, con atención, humildad, confianza y perseverancia.

25

Un escritor francés deambulaba descorazonado por las calles de París, pues en todas partes habían rechazado sus trabajos. Entonces observó a una muchacha que vendía violetas que, con el

mismo tono amable, repetía sus ofrecimientos, a menudo más de 250 veces para vender un solo ramo de sus flores. Él sintió nuevo ánimo, volvió a su trabajo y llegó a ser una de las más importantes figuras de la literatura francesa. La oración necesita también perseverancia, pues, como dice Jesucristo: «*Conviene siempre orar y no desfallecer*» (Lc. 18,1).

26

El incrédulo *Litré* se encontró un día a la entrada de la Academia Francesa con *Chamygny*, que llevaba un rosario. Con sonrisa observó Litré: «¡Ah! ¿Usted ora por mi, señor Chamygny?». Así es, contestó Chamygny, oro con esperanza de que usted mismo lo hará un día. Litré se convirtió antes de morir y aun tuvo tiempo de aprender a rezar.

27

Hernán de Colonia, judío convertido, hace esta confesión: Yo a quien ni los más diversos argumentos y controversias con insignes sacerdotes pudieron volver a la fe de Jesucristo, he sido convertido por las devotas plegarias de sencillas mujeres. Gracias a sus méritos y oraciones, la claridad de la fe cristiana ha resplandecido súbita y tan vivamente en mi corazón, que ha disipado todas las tinieblas del error y de la duda.

28

Muchísimos son los ejemplos que hallamos en la Biblia en los que vemos que Dios escucha las peticiones que se le hacen, vg. En un asunto propio: *Jacob* (gén. 35,1s.); los *israelitas* en Egipto (Ex. 2,23 s.) y más adelante (Núm. 20,16; Dt. 26,7); *Salomón* pide la sabiduría (2 Cr. 1,7 s.); *Manasés* recobra la libertad (2 Cr. 22,11 s.); *Ezequías* pide la salud (Is. 38,5); *Daniel* pide luz respecto del porvenir (Dn. 10,11 s.); *Tobías y Sara* son escuchados al mismo tiempo (Tob. 3,24); el centurión *Cornelio* (Hech. 10,31); *Agar* (gén. 16,11); *Raquel* (Gén. 30,6); *Ana* llega a ser madre de Samuel (1 Sam. 1,9), etc. etc.

29

La oración en familia

Jesús prometió que las oraciones hechas en su nombre serían escuchadas (Jn. 14,13) e inculcó a sus discípulos una confianza generosa y nos dice en su Evangelio: «*En verdad os digo que si dos de vosotros convinieréis sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os lo otorgará mi Padre que está en los cielos*» (Mt. 18,19).

La oración en familia es edificante y ejemplar y obtiene grandes gracias de conversión. «No resiste Dios a los que se juntan para orar con un solo cora-

zón, sino que está en medio de ellos, como vencido».

30

El *P. Arrupe* al principio de estar en el Japón, fue llamado por una japonesa, madre de un niño y de una niñita, católicos los tres. No lo era su marido. Lo que deseaba ella era que su hogar fuese consagrado al Corazón de Jesús. El misionero había de acudir a la casa un día que no estuviera el jefe de la familia, cuyo enojo y rigor temían. El día señalado acudió el P. Arrupe. Gran consternación: el marido se encontraba en casa; a pesar de todo resolvieron no aplazar la consagración... Madre y niños, de rodillas rezaban fervorosamente. «Aun no habíamos acabado –cuenta el P. Arrupe– cuando de repente, de la manera más inopinada se descorrió el «fusuma», que separaba nuestra habitación de la contigua, y apareció en el marco de la puerta el amo de la casa en una actitud que no parecía la suya... Nos miró un momento a los cuatro, y despúés, echándose a llorar como un niño, me dijo estas palabras: «Padre, quiero bautizarme». No dijo más. No podía. Estaba conmovidísimo por la gracia de Dios que había obrado en él de una manera que podríamos llamar milagrosa».

31

Dos jóvenes pintores alemanes se dirigieron hacia Roma el año 1811, pasando por el Tirol. Uno de

ellos era *Peter Cornelius*. Hubieron de pernoctar en casa de un campesino tirolés y presenciaron la solemne escena de la oración vespertina de la familia. Todos los de casa se reunieron. Los dos huéspedes durante el rezo hicieron como quien no oye. Al terminar la oración acostumbrada, el padre de familia rezó un Padrenuestro de plus, «para que Dios se apiade del alma de los dos señoritos y se digne convertirlos». Cornelius se sintió profundamente conmovido. Nunca había vivido y comprendido tan profundamente como en aquellos momentos la doctrina católica de la Comunión de los Santos.

32

Micaela de Desmaissieres (*M. Sacramento*) al vivir aun en el siglo, no se retiraba a descansar, por muy tarde que se terminaran las reuniones en su casa, sin haber antes reunido a la servidumbre para rezar con ella el santo rosario.

San Pio X dijo: De todas las oraciones el Rosario es la más bella y la más rica en gracias, la que más agrada a la Santísima Virgen María. Amad, pues el Rosario y recitadlo con espíritu de piedad todos los días.

33

La oración del santo Rosario

El Rosario es una oración excelente y eficaz, recomendada por la Santísima Virgen en Lourdes y

en Fátima y por el Magisterio de la Iglesia, especialmente por todos los papas a partir del siglo XIII en el que la misma Virgen María inspiró a Santo Domingo de Guzmán el rezo del Rosario. Con este santo tuvo lugar propiamente el origen del mismo. La penitencia y la oración del Rosario fueron la armas principales de Santo Domingo contra los herejes albigenses al sur de Francia. San Pio V y Gregorio XIII fueron los primeros en recomendar el rezo del santo Rosario.

34

Sin hacer mención de otros muchos Papas que recomendaron el rezo del Rosario tenemos a Pio IX, del cual nos consta que rezaba diariamente las tres partes del Rosario, y merece especial mención León XIII por ser el que más ha escrito sobre el Rosario. Escribió once encíclicas y otros muchos documentos sobre el mismo, y él fue el que mandó que se rezase públicamente en todas las parroquias, especialmente en el mes de octubre y todos los domingos y fiestas del año.

35

Pio XI. Recordamos a este Papa, porque es aleccionador saber de él que a pesar de su trabajo abrumador, todavía le quedaba tiempo para recitar el Rosario completo. Una noche, después de un día

de excesivo trabajo, al ir a acostarse, se acordó de que le faltaba por rezar una parte, y se dijo: «Si no rezo el Rosario entero, no queda satisfecha mi oración», y enseguida se puso a rezarlo.

36

He aquí el testimonio de otros Papas: *Pio XII* dijo: «El Rosario es el compendio de todo el Evangelio». *Juan XXIII* «El Rosario es la Biblia de los pobres... es el áncora de salvación segura... El Rosario tiene su puesto después de la Misa y del Breviario de los eclesiásticos, y después de la participación de los sacramentos para los seglares».

Pablo VI «El Rosario es una oración evangélica centrada en el misterio de la Encarnación y porque del Evangelio saca el enunciado de sus misterios». «Para ser cristiano, dice él también, hay que ser mariano. Rezad el Rosario», y rezadlo en familia: «Familia que reza unida, permanece unida».

Juan Pablo II es un Papa eminentemente mariano. Nos ha hablado del Rosario en sus visitas a Lourdes y a Fátima y es raro el discurso en que no termine hablándonos de la Virgen... y recomendándonos su devoción.

37

El V.P. José de Carabantes (m. 1694) proponía el rezo del santo Rosario como medio eficaz para

obtener todas las gracias: a la madre que deseaba el regreso de su hijo ausente, al estudiante que no podía aprender las asignaturas y a los jóvenes que se sintiesen con vocación para consagrarse a Dios, les exhortaba el rezo del Rosario, persuadido de que por este medio tan sencillo y fácil conseguirían cuanto pidiesen. Con tal eficacia y buen éxito recomendaba en sus misiones este ejercicio, que un doctor contemporáneo suyo decía: «Cuando el P. Carabantes entró en Galicia, solamente halló uno que diariamente rezase el santo Rosario; después, apenas se podrá hallar uno que no lo rece».

38

El P. Claret fue toda su vida el gran propagandista de la devoción al santísimo Rosario, aun cuando era obrero tejedor entre sus compañeros de trabajo. Mucho más lo fue después de su apostolado de misionero y Arzobispo. A él se dignó dirigirle la Virgen santísima aquellas palabras: «En la devoción al santísimo Rosario está basada la salvación de España».

39

Un «librepensador» se escandalizó al ver en el campo durante las vacaciones a una viejecita que siempre rezaba el Rosario con devoción. «Mujer, le dijo», podríais eximiros de ello con toda tranqui-

lidad; el Señor no necesita vuestras oraciones». «Lo creo, contestó con calma la viejecita, pero yo le necesito a Él».

40

Se discutía un día en el Parlamento inglés un proyecto contra la libertad de Irlanda. Los ministros de la Corona triunfan ya; el voto va a ser emitido. Conviene una respuesta pronta y hábil: todas las miradas se dirigen hacia O'Connell (el gran defensor de la libertad de Irlanda); el poderoso orador no está en su banco. Se le busca de nuevo, y uno de sus íntimos amigos, que conocía sus costumbres, le descubre en una de las salas de palacio rezando el santo Rosario. «Venid pronto», le grita. Y le explica en breves palabras la situación, queriendo arrastrarle a la tribuna. Mas O'Connell le responde con simplicidad: «Dejadme concluir este Rosario; yo hago más en este momento por la causa de Irlanda que con los más elocuentes discursos».

41

Juzgado y sentenciado a muerte, el general Riego pidió un confesor. Fue un padre dominico. Postróse Riego y confesó sus culpas con tanta sinceridad y dolor, que el padre, conmovido, le preguntó: –Dime, hijo mío, ¿qué has hecho para merecer este favor de Dios? A lo que Riego contestó:

–Padre, mi vida es un tejido de iniquidades; pero, si a alguna obra mía he de atribuir el que Dios se compadezca de mi, ésta sólo recuerdo; cuando niño, mi madre me hacía rezar con ella el santo Rosario, y desde entonces jamás dejé de rezarlo».

En un libro del padre Rivas O.P. se lee: «El general Riego murió ahorcado en la plazuela de la Cebada, de Madrid, el día 7 de noviembre de 1823. Para entrar en capilla pidió un confesor dominico. Tuvo una muerte edificante y cristiana».

42

Un obrero encuentra a un compañero de trabajo que se está ejercitando en el tiro al blanco con pistola. – Mira, dice el compañero–, con esta pistola acierto a treinta metros de distancia.

– Pues yo, respondió el otro, tengo un arma mucho más potente; soy capaz de alcanzar desde aquí a un misionero que está en el país más alejado del mundo. Y saca un Rosario, explicando a su compañero incrédulo que la oración en favor de los misioneros es para ellos una eficaz ayuda, aunque se encuentren en los confines del mundo.

43

En un colegio militar de París había un buen muchacho a quien su madre, viuda de un general, había dado como preciado recuerdo un Rosario. El

muchacho lo rezaba con frecuencia, aun entre una turba de compañeros descreidos.

Una noche no encontró su Rosario, pero rezó lo mismo sus oraciones. A la mañana siguiente surgió un jaleo de mil diablos entre los compañeros, que había encontrado el Rosario. Y uno de ellos, más despreocupado, retó al que lo había perdido a que fuese por él:

– ¿Quién es el capuchino que usa un Rosario? ¡Que venga ese imbécil! y mientras tanto colgó el Rosario de las ramas de un árbol. Entonces se adelantó nuestro joven y gritó audazmente:

– Ese Rosario es mío; y vosotros, más incrédulos que el incrédulo Volney, que en una tempestad en el mar sacó el Rosario para rezarlo. Os burláis; pero sabed que yo me glorío de rezarlo. Me glorío con los más grandes personajes y guerreros: Luis XIV, Carlos V, Enrique IV, Alfonso de Portugal, Carlos de Borgoña, Daniel O'Connell; con los valerosos soldados de la Vendée, a quienes Napoleón llamó gigantes, los cuales iban al campo de batalla con el Rosario en la mano. Sabed que este Rosario pertenece al general, mi padre, cuyo valor no imitaréis nunca.

El compañero burlón enmudeció; los demás aplaudieron. Y un oficial de la escuela, golpeando

al joven en la espalda, le dijo:

– ¡Bravo¡ Tú, que tan valerosamente sabes defender tu religión, de igual manera sabrás defender tu patria.

¿VEIS COMO SE CONDUCE EL MUNDO? Estima a los que le desprecian y desprecian a los que le temen. Y he aquí la gran locura del respeto humano: por querer huir de las críticas del mundo, se va directamente a su desprecio. El respeto humano es una bajeza, una cobardía. No hay que dejarse vencer por él. No hay que hacer caso al *qué dirán*. No nos dé miedo jamás de aparecer como buenos cristianos.

44

Oración de alabanza, de acción de gracias...

La oración no es sólo petición de gracias, sino de alabanza a Dios y de acción de gracias por los beneficios recibidos... El libro de los Salmos es todo Él un libro de oraciones, y casi todos coinciden en este pensamiento: *Alabar a Dios*. El salmista a cada paso invita a la creación entera: Al sol, a la luna, a las estrellas a que alaben al Señor de tierra y cielo. Alábele la luz, el fuego, el hielo, la escarcha, el invierno y el calor... Alábele la noche con el día... y todas las criaturas: «*Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos porque su miseri-*

cordia es eterna con nosotros.. (Sal. 117)

San Agustín dice: «Tu lengua alaba a Dios a ciertas horas, alábele siempre tu vida (In Sal. 146,1). «Te sugiero un remedio para alabar si quieres todo el día a Dios. Haz bien cualquier cosa que hagas, y habrás alabado a Dios» (In Sal. 35,2,16).

45

El mismo San Agustín nos dice: «No crece Dios con nuestras alabanzas, sino que crecemos nosotros. No se hace mejor Dios si le alabas; ni peor, si le vituperas; pero tu alabándole a Él que es bueno, te vuelves mejor, y vituperándole, te vuelves peor; Él seguirá siendo bueno como lo es ahora» (In Ps. 135,1).

Y San Jerónimo nos dice: «La lengua se nos ha dado para que alabemos a Dios» (In Os. 2,9,,14). Cuando alabéis al Señor, alabadle siempre en la luz; no en las tinieblas del pecado, sino en la luz de las virtudes» (In Ps. 96).

46

Francisco de Asís: Cuando el Señor le prometió su reino, compuso el cántico de alabanza que todas las criaturas dirigen a Dios, y lo llamó Cántico del Hermano Sol:

Omnipotente, altísimo, bondadoso Señor,
tuyas son la alabanza, la gloria y el honor;

tan sólo tu eres digno de toda bendición,
y nunca es digno el hombre de hacer de ti mención.
Loado seas por toda criatura, mi Señor,
y en especial loado por el hermano sol,
que alumbra y abre el día y es bello en su esplendor
y lleva por los cielos noticia de su autor.
– Criaturas todas, load a mi Señor. Amén.

47

San Agustín (en el magnífico pasaje del ascenso por medio de todas las criaturas, para encontrar al Creador): «Pregunté a la tierra, y ella dijo: «No lo soy (no soy Dios)»... pregunté al mar... a los vientos,... al cielo... hablé a todas las cosas que estaban esparcidas ante mis sentidos: «¡Habladme de mi Dios, ya que vosotras no lo sois, habladme de Él!». Y con voz fuerte clamaron todas: «Él nos ha hecho»... *Criaturas todas del Señor, alabad al Señor, ensalzadlo con himnos por los siglos*» (Dan. 3,57).

48

Sentimiento espontáneo del corazón bien nacido es saber dar gracias por los dones o bienes recibidos. ¡Y son tantísimos los que hemos recibido de Dios! ¿Quién nos ha creado, redimido y hecho cristianos sino Él? «Dad gracias por todo al Señor, porque esto es lo que quiere Dios que hagáis todos en nombre de Jesucristo (1 Tes. 5,18).

«A cualquier parte que volvamos los ojos, doquiera que apliquemos la consideración, luego se nos descubre la luz maravillosa de la largueza y benignidad divina. ¿Qué tienen los hombres, que no haya dimanado de la largueza de Dios? Y si todas las cosas son dones y dádivas de su bondad, ¿cómo no emplean todos todas sus fuerzas en celebrar con sumas alabanzas, y dar inmensas gracias a tan liberalísimo Señor?» (Cat. Rom. 4,3,3).

49

San Juan Crisóstomo fue conducido del lugar a su destierro a un paraje todavía más inhospitalario. Expiró con estas palabras: «Gracias sean dadas a Dios por todo». Y el rey *San Luis* al morir su madre Blanca, dijo: «Señor mío y Dios mío, te doy gracias por haberme dejado gozar durante tanto tiempo de la compañía de mi amada madre. La quería más que a todas las criaturas del mundo. Mas tu quieres tenerla en tu reino. Alabada sea tu voluntad». En las adversidades debemos dar siempre gracias a Dios, porque Él es el que las permite para nuestro bien por fines que ignoramos. San Pablo nos dice: «*Dad en todo gracias a Dios*» (1 Tes. 5,18).

50

Jesús curó a diez leprosos: uno solo volvió a darle gracias. Esta ingratitud de los nueve, la sintió viva-

mente el Dios de bondad, y se quejó al decir: «*¿No he curado a diez? ¿En donde están los otros nueve?*» (Lc. 17,17).

Eleva tu mente a Dios y dale gracias constantemente «*siempre y en todo lugar*» conformándote con lo que dispone, sean bendiciones o contrariedades, y dile: «*Señor, hágase tu voluntad*». El adagio dice: «El que no es agradecido, no es bien nacido».

51

Federico Ozanam en su última enfermedad oró así al Señor: «Si quisiéras atarme al lecho del dolor por todos los días que me quedan aún de vida serían asaz cortos para darte gracias por los que me concediste. Si estas palabras han de ser las últimas, sean un cántico de alabanza entonado a tu bondad». Nuestros dolores unidos a los de Cristo tienen méritos redentores, y como dijo Santa Teresita a Teresa Neuman: «Más almas se convierten con el dolor que con los más brillantes sermones».

52

Juanito oye que su padre lee a la mamá la cuenta del pintor, que acaba de decorar el piso. Al oir los asientos de la cuenta, piensa el niño: «Tu también podrías presentar una factura a mamá». Y con toda prisa anota: «Por traer panecillos, una peseta, por limpiar zapatos, otra peseta, etc., hasta que su cuenta

sube a diez pesetas. La madre mira aquella factura, se calla, y por la noche Juanito encuentra en el puesto que suele ocupar en la mesa, diez pesetas. Quietecito y gozoso se las pone en el bolsillo.

Pero a la mañana siguiente encuentra en su puesto, en la mesa otra hoja de papel: «Factura de mamá a Juanito: Por diez años de alojamiento: 0,00 pts.; por diez años de manutención: 0,00 pts.; por curarle durante las enfermedades: 0,00 pts.; por remendar vestidos y calcetines, por lavado y planchado de ropa: 0,00 pts.: Total: 0,00 pts». Juanito lo lee y guarda profundo silencio. Después de un rato se va a su madre, esconde la cara en su regazo y silenciosamente devuelve las diez pesetas, poniéndolas en el bolsillo del delantal. Nosotros, algunas veces, por las pocas buenas obras que hacemos nos creemos acreedores y merederos de un premio, y no nos damos cuenta de los innumerables beneficios gratuitos de Dios en el orden temporal y espiritual y no sabemos agradecérselos y darle gracias.

53

Andaban entonces por la comarca tres famosos ladrones, que hacían muchos males en el país, y un día vinieron al convento (de Monte Casal) y pidieron al guardián que les diese de comer. Pero él les reprendió asperamente... Los ladrones se incomo-

daron mucho y marcharon con gran despecho. Poco después volvía de fuera San Francisco de Asís con la alforja de pan y con vino que él y su compañero habían mendigado, y contándole el Guardián cómo había echado a los ladrones, San Francisco lo reprendió mucho diciéndole: ...Ya que has obrado contra la caridad y contra el santo Evangelio de Dios, te mando por santa obediencia que inmediatamente tomes esta alforja con el pan que yo he mendigado y el vino, y síguelos, por montes y valles hasta que los encuentres, persentándoles de mi parte todo este pan y vino, después te arrodillas delante de ellos confesando humildemente tu culpa y crueldad, y ruégales en mi nombre que no hagan más daño, que teman a Dios y no ofendan al prójimo...

Mientras el Guardián fue a cumplir lo mandado, San Francisco se puso en oración... Cuando los alcanzó el obediente Guardián, les presentó el pan y el vino y cumplió lo demás que San Francisco le había encargado. Y quiso Dios que, comiendo estos ladrones la limosna del Santo, se conmoviesen en su corazón. Vamos, dijo uno de ellos, a presentarnos a San Francisco y darle las gracias, y si él nos da esperanza de que Dios nos perdona nuestros pecados, haremos lo que nos mande y podremos librarnos del infierno. San Francisco los recibió en

la Orden, y los ladrones hicieron dura penitencia y tuvieron una santa muerte (Cf. «Florecillas» c.25).

54

El año 1787 Washington, primer Presidente de Estados Unidos, tuvo consejo con 55 compañeros para tratar de puntos importantísimos que habían de decidir de Estados Unidos. Levantóse Franklin, ya entrado en años, y dijo: Señores recemos. Ya soy viejo, pero cuanto más vivo, con mayor claridad veo que el destino de la humanidad depende de Dios. Si sin su permiso, como leemos en el Evangelio no cae un solo pájaro, ¿cómo podría cobrar fuerza un país sin su auxilio? Recemos. Todo depende de Dios.

55

En el año 1696 se erigió en la orilla norteña de Cornwalis (Inglaterra) un faro con esta inscripción: «¡Aullad vientos! ¡Encréspate mar! ¡Irrumpid elementos y probad mis muros!». Después de cuatro años un huracán derribó el edificio. Una segunda torre edificada en el mismo lugar fue destruida por el fuego. Se erigió después una tercera con esta inscripción tomada de los salmos (127,1): «*Si el Señor no edifica la casa, en vano se fatigan los que la fabrican*». Esta torre está en pie aun hoy día y sirve de faro a millares de hombres. Todo sale bien cuan-

do en nuestras empresas nos apoyamos en Dios y no en nuestras pobres fuerzas humanas.

56

Eficacia de la oración

Muchos de los ejemplos ya expuestos nos hablan de la eficacia de la oración, pero añadiremos algunos más.

Herodes Agripa metió en la cárcel a San Pedro para hacerse grato a los judíos. Pedro dormía entre los soldados, sujeto con cadenas. Pero la Iglesia rogaba constantemente por él. Y he aquí que bajó un ángel del Señor le despertó y le hizo pasar incólume por entre los guardias.

Ya libre, se dirigió a la casa de Marcos, donde muchos oraban. Al oir su voz la sirvienta corrió a anunciarlo a los demás, que no le quisieron dar fe: «*Será un ángel decían*» (Hech. 12,1-17).

57

Un bandido convicto de varios asesinatos estaba en capilla en la celda de los condenados, aguardando el momento en que había de ser llevado a la silla eléctrica. El capellán de la cárcel había hecho todos los esfuerzos imaginables para inducirlo a recibir los sacramentos, mas todo había sido en vano.

– Márchese. ¡Déjeme solo! –decía solamente.

El sacerdote lleno de cordial compasión, dirigió

una oración rápida, pero ferviente a la Virgen, y luego dijo al criminal:

– Me iré, puesto que usted lo desea, pero antes quiero pedirle un favor:

– Bien, ¿qué es? – Digamos los dos juntos un Avemaría:

Comenzaron los dos a rezarla, y ya a las primeras palabras la gracia del arrepentimiento invadió aquel duro corazón. Con lágrimas en los ojos pidió el sacramento de la penitencia y la absolución de sus pecados, y murió en santa paz con Dios, con el rosario en las manos y el nombre de María en los labios.

58

Un padre misionero refiere el siguiente hecho, ocurrido en una misión: «Una mujer, poco antes piadosa, se dejó dominar por un odio tan fiero a un hermano suyo, que juró no perdonarle en esta vida ni en la otra. Por esta causa abandonó los sacramentos y la oración. Habiendo enfermado de gravedad el párroco la exhortó a perdonar. Fue inútil... Encontrádome de misiones en la parroquia, el párroco me rogó que visitase a la enferma. La infeliz, en medio de terribles frases de rencor, me contó las ofensas recibidas de su hermano. Con todo, le dijo que es preciso perdonar. «Quiero ir al infierno –me

contestó– con la satisfacción de haberme vengado».

«Agotadas mis razones, le aconsejé rezase para obtener la gracia de perdonar. «Al menos rece usted conmigo para lo que más convenga». Accedió. Saqué entonces del breviario una estampa de la Virgen y comenzamos a rezar. Pronto me interrumpió diciendo: «No siga: perdono de corazón y quiero confesarme».

La alegría comenzó a brillar en su semblante, y yo quedé conmovido viendo el poder de la oración, sobre todo cuando es ofrecida por medio de María».

59

En 1868, don José Ignacio Arcia, arzobispo de Michoacán, preguntó a un tullido, viudo con dos hijas: ¿Cuál es tu oficio? Respondió: Cazador.

– ¿Qué es lo que cazas? Venablos. Dios me ayuda. Todos los días digo una oración a mi Padre Dios, salgo con mi carabina, mato un venablo, mis hijas lo llevan a casa y, con la carne, cuernos y cuero que vendemos, nos mantenemos hace muchos años.

– Dime la oración. –le ruega el arzobispo– Me da vergüenza: no la he aprendido en ningún libro, no me la ha enseñado nadie. – Dila:

¡Eh, Padre Dios!... Tu me has dado estas hijas y también me has dado esta enfermedad que apenas me deja andar... Y tengo que alimentar y vestir a

mis hijas porque ellas no han de ir a ofenderte: ¡Ea pues, Padre mío!, ponme aquí cerca un venadito, donde yo lo pueda matar, y así quedará socorrida esta pobre familia».

60

Existe un cuadro que representa una tiernísima escena de candor y amor filial: un niñito golpeando la puertecita del tabernáculo y diciendo: ¿Estáis aquí Jesús? La escena no es invención del artista, sino expresión de un hecho histórico sucedido a fines de siglo pasado en Londres.

Un niño que frecuentaba las Escuelas Cristianas oyó explicar la real presencia de Jesucristo en el santísimo sacramento. Y, bueno e inocente como era, sintió grandísimo deseo de pedirle la conversión de su padre, que era protestante.

Se acercaba el día de su primera comunión y se preparaba con fervor. Un día entró en una iglesia que estaba sola y, acercándose al altar, pensaba con ingenuidad angelical: «¿Estará Jesús ahí? ¿Estará dormido?».

Y sin más ni más, se encaramó en el altar y llamó a la puerta del Sagrario, orando así: «¿Estás ahí Jesús? Mira que mi padre se ha vuelto malo. ¡Conviértelo!».

Esta oración no quedó sin recompensa. El día de su primera comunión comulgó también su padre.

61

Dos ciegos, sentados a la orilla del camino, en las afueras de Jericó, al oir que pasaba Jesús, levantaron la voz diciendo: «*Señor, hijo de David, ten compasión de nosotros*». Y Jesús parándose les dijo: *¿Qué queréis que os haga*? *Ellos dijeron: Señor, que se abran nuestros ojos. Y Jesús movido a compasión, tocó sus ojos, y los ciegos al momento vieron y le siguieron* (Mt. 20,30-40). Jesús continua en los Sagrarios de nuestras iglesias, dirijamos a Él con fe nuestras oraciones.

62

Sundaram, un joven estudiante indio, pensaba abrazar el catolicismo, cuya verdad veía con creciente claridad. A los 11 años leyó en un abecedario estas palabras: «Dios mio, haz que yo conozca tu voluntad y la abrace y cumpla con amor». Por fin acudió a un misionero buscando luz en sus dudas y conocer la verdad.

El padre le dijo un día: «Si quieres disipar tus dudas y conocer la verdad, arrodíllate y reza conmigo para que Dios, tu Señor y Creador, te ilumine». Así estuvieron rezando un largo rato. Al levantarse, Sundaram era ya creyente.

63

Presentóse un día a Don Bosco un médico que

tenía mucha fama por las estupendas curaciones que había hecho, pero que no creía en Dios.

Cuando llegó a la habitación de Don Bosco, pidió al Santo que lo curase, ya que lo había hecho con tantos otros. Don Bosco le invitó a que se arrodillara y rezase. El médico, en un principio se resistía, pues, según decía, no creía en Dios ni en la Virgen, ni en los milagros.

El mal que padecía era epilepsia. Convencido por fin por Don Bosco, se arrodilló, hizo la señal de la cruz y se realizó el milagro.

Curó, se confesó y comulgó de manos del mismo Don Bosco, y en lo sucesivo contaba a todos el milagro y decía: «Sólo de rodillas, sólo rezando se puede creer y curarse».

64

En 1881 se incendió un anfiteatro en Viena y, no habiendo hallado la salida, perecieron unas cuatrocientas personas.

Varios de los presentes se extraviaron por un corredor y no encontraban el modo de escapar él. Entonces una jovencita se puso a exhortar a todos a que hiciesen un acto de perfecta contricción y lo rezó en alta voz con todos. Moviendo luego por casualidad la mano, tropezó con un pasaporte y casi instintivamente lo empujó y halló una sala que te-

nía una ventana a la calle. Se asomaron a ella, pidieron socorro, los pusieron una red y fueron saltando todos y se salvaron.

Nuestra oración ha de ser también de perdón de nuestros pecados y de pedir a Dios las gracias necesarias para nuestra salvación.

65

Un día Carlos V llamó a su hijo y, presentándole una hermosa espada y un libro sagrado, le dijo: Escoge entre estos dos objetos:

El hijo prefirió el breviario. Habiéndole preguntado el emperador el motivo de su elección, aquel respondió sencillamente.

– Con la espada, padre mío, podré alcanzar la conquista de un reino; mas con la oración podré alcanzar el de los cielos, que es más duradero y feliz.

66

El Cardenal Hayes, de Nueva York, contó el siguiente hecho al padre Heredias: Al mister Thomson, agnóstico, que se había opuesto al bautismo de sus hijos, se le murió una hijita. Más adelante habiéndose hecho católico, nos contó su pesar.

– Ore usted por ella, le dijimos. – ¿De qué puede servirle mi oración, si no tiene remedio? – Para Dios no hay pasado ni futuro.

– ¿Se salvará mi hijita? – Dios viendo su ora-

ción, puede haberla tomado en cuenta antes de que usted la haya hecho.

Un día vino demudado por el gozo. Mi hijita se ha salvado. Betsy llegó ayer y fue a verme. ¿Quién es Betsy? Una antigua criada irlandesa. Le conté mi aflicción por haber muerto Myrthle sin haber sido bautizada, y ella me dijo: «Sin que usted lo supiera, yo la llevé a bautizar a la parroquia».

67

Santa Mónica, madre de San Agustín, al ver la mala vida de su hijo cuando era joven, angustiada no hacía más que orar y llorar para que aquel extraviado se convirtiese. Pero no obtenía la gracia que pedía.

Un día manifestó su dolor a un santo obispo, el cual le dijo: «¡Es imposible que el hijo de tantas lágrimas perezca!». Efectivamente, las oraciones de Santa Mónica fueron escuchadas, y San Agustín no sólo se convirtió, sino que llegó a ser un gran santo y doctor de la Iglesia.

68

Santa Coleta, segunda fundadora de las Clarisas Pobres, vio acercársele un día un joven de vida mundana y pecaminosa que, en broma, le dijo:

– Si sois realmente una santa, obrad ahora el milagro de hacerme santo a mi. La santa no levantó

siquiera los ojos para mirarlo, pero con toda sencillez rogó en voz alta: «Escuchad su palabra, Señor y haced que sea una realidad».

El joven quedó asombrado; extinguióse en su cara la expresión de burla, se marchó precipitadamente, entró en una iglesia, pidió un sacerdote e hizo una buena confesión. Desde aquel día llevó una vida buena, y no mucho después tuvo una muerte santa.

Incluso cuando los santos están aún en este mundo sus plegarias tienen un gran poder: mucho más cuando están en la gloria.

69

Hace algunos años había una mujer muy buena y piadosa que tenía dos niños encantadores, pero un marido malo, borracho y vicioso que siempre la maltrataba y llegaba a dejarles, a ella y a los niños, sin pan. Sin embargo aquella mujer lo soportaba todo con paciencia y rezaba frecuentemente con sus dos angelitos.

Una noche el marido, al no encontrar a su compañero de juerga, volvió a casa más pronto que lo acostumbrado. Al llegar junto a la puerta de la casa oyó la voz de su mujer. «¿Con quién habla a estas horas?», dijo para si aquel desgraciado, lleno de sospechas. Púsose a escuchar y oyó que la mujer

rezaba devotamente con los niños, a los cuales, al finalizar, dijo: «Ahora queridos míos, vamos a rezar por vuestro padre, a quien tanto queremos; recemos, pues, el Avemaría, para que la Virgen María le asista.

El perverso hombre, al oir aquellas palabras, se conmovió, entró en casa, púsose de rodillas junto a su mujer y acompañó entre lágrimas la oración de los niños. Había cambiado por completo. Conoció entonces su culpa y pidió perdón por los malos tratos dados a aquella santa mujer.

Volvió la paz y la alegría a aquella familia. ¡Aquí tenéis la eficacia de la oración hecha por los inocentes!

70

Mientras el emperador romano Marco Aurelio (hacia 170), estaba en guerra contra los sármatas y otros pueblos bárbaros de Alemania, su ejército se encontró sitiado por sus enemigos en un estrecho valle de donde no podía salir. Estaba a punto de perecer por falta de agua, cuando los soldados cristianos que combatían juntamente con los romanos, arrodillándose todos, rogaron a Dios que los socorriese. Y he aquí que al momento se cubrió el cielo de nubes negras y se desató un terrible temporal. Caía el agua en gran cantidad, y los soldados roma-

nos, recogiéndola con sus cascos, pudieron confortarse; en cambio, sobre los enemigos caía al mismo tiempo un espeso granizo, acompañado de rayos.

Así fortalecidos los romanos se abrieron fácilmente paso y pusieron en fuga a sus enemigos. Marco Aurelio reunió a aquellos soldados cristianos en un solo cuerpo, que llamó «legión fulminante».

En Roma se ve todavía un monumento que, en bajo relieve, recuerda este hecho.

71

María tenía su novio en una ciudad del interior de Méjico y ardía en deseos de ir a aquella población con una tía suya. Había estado haciendo novena tras novena a San Antonio, y ya estaba todo arreglado para salir un lunes, cuando la tía enfermó y tuvieron que aplazar el viaje.

La rabieta que tuvo María fue igual a su decepción, y en un arranque de furia tomó el cuadro de San Antonio y lo volvió contra la pared. Al día siguiente todavía enfurruñada, al leer el periódico frunció las cejas y, sin decir palabra, fue a su recámara y, como quien no hace nada, tomó un plumero, sacudió devotamente el reverso del cuadro de San Antonio y, con cierto aire de «¿Me perdona usted?», lo colocó en un lugar destacado y le encendió una lámpara.

Había hecho las paces con él... El periódico daba la noticia de que el tren que debían haber tomado María y su tía había sido asaltado por los revolucionarios y varias personas había sido muertas y otras heridas...

72

Celebróse en Viena una reunión a la cual asistió también el músico Haydn, anciano ya. Uno de los invitados preguntó al músico cuál era su secreto para poder seguir trabajando en esa ciudad, después de una vida tan laboriosa como había tenido. –Uso un medio infalible, dijo Haydn, que, cuando me siento fatigado, me devuelve el vigor. ¡Quisiera ver si alguno de los presentes acierta cuál es!

Unos dijeron que era el buen vino; otros el uso prudente de los baños; otros, la alegría que produce una buena compañía; pero nadie acertaba. Y él les dijo: –En mi casa tengo un pequeño oratorio y, cuando me siento abatido, acudo allí, me postro ante el crucifijo y rezo, y siempre después de la oración, me siento ágil para volver al trabajo.

73

En el lecho de la agonía hacía su primera comunión un gran convertido, y con él comulgaban también por primera vez su esposa y sus tres hijos.

Terminado el acto, los cinco convertidos, lloran-

do de amor, entonaron un himno de acción de gracias al Sagrado Corazón. Concluido éste, se acercó al enfermo una anciana que sollozaba, y le dijo: «Patrón, ¿permite usted que en esta hora del cielo que su cocinera le abrace?».

Y cuando el señor le tendía los brazos, conmovido, ella siempre llorando de alegría, agregó: Hace veinticinco años que sufro, que oro, que comulgo a diario, como apóstol del Sagrado Corazon, pidiéndole una sola gracia, una sola: la de no morir antes de haber visto al Señor triunfante en esta casa... ahora si que puedo ya morir... ¡mi misión de apóstol ha concluido¡».

74

Leemos en el santo Evangelio que el publicano no se colocó delante en el templo, sino en un rincón, y que, sin atreverse a levantar los ojos, todo confundido y humillado, decía: «¡*Señor, tened piedad de mi, que soy un pecador*!» (Lc. 18,13). Así ha de hacerse la oración si ha de ser escuchada por Dios.

75

San Felipe Neri rezaba cada mañana así: «Presérvame, Señor, en este día; porque si tu no me guardas, te traicionaré y me cargaré con aguna culpa grave». Muchas veces al salir de la casa en que habitaba, rezaba de esta manera: «Guárdame bajo tu

amparo, porque de lo contrario saldré como cristiano y volveré como judía».

76

Conclusión

Los 75 ejemplos que he puesto en este libro son lecciones prácticas que nos enseñan el valor de la oración y cómo tenemos que rezar y vivir como buenos cristianos. Todo cuanto somos y poseemos y esperamos se lo debemos a Dios, y a Él debemos acudir y dirigir con humildad nuestras plegarias.

Con San Juan Crisóstomo diré: «Dios no nos necesita absolutamente nada, y a pesar de todo no cesa su amor hacia nosotros. Nosotros le necesitamos en absoluto, y no obstante nos oponemos continuamente a su amor. Le posponemos a las cosas terrenas, a la amistad con los hombres, al placer de los sentidos, al honor, al poder; pero Dios nada quiere más que a nosotros; tenía un Hijo unigénito y lo dio por amor a nosotros» (In Rom. 5,2).

Correspondamos, pues, al amor de Dios y no cesemos de dirigir a él nuestra oración «Conviene siempre orar y no desfallecer» (Lc. 18,1).